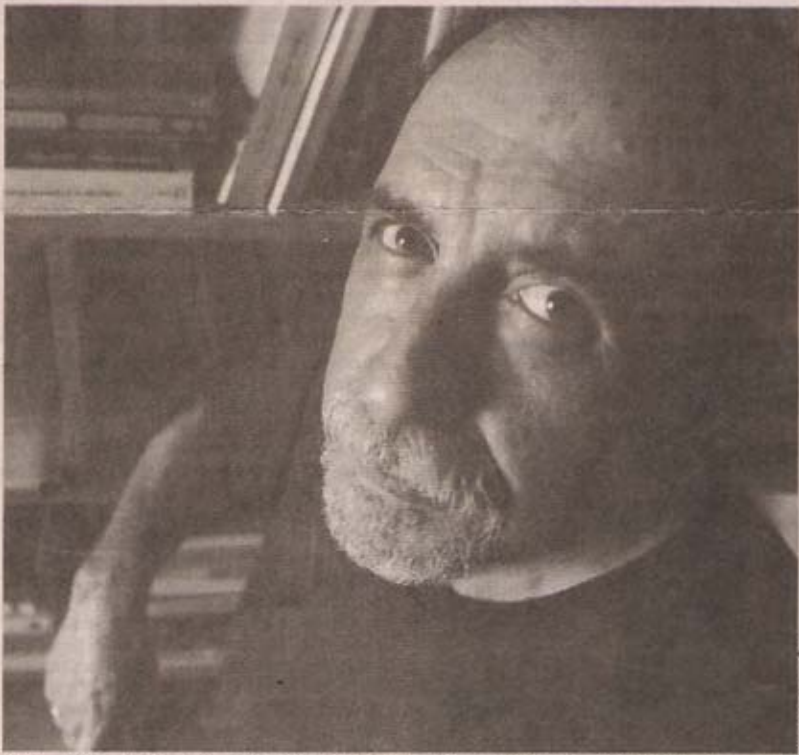


● Gonzalo Millán publicará en marzo su poemario "Transparencias", recientemente premiado por el Consejo del Libro y la Lectura como el mejor texto de poesía inédita.

Santos y Silencios

Una poesía profusa en imágenes ha sido el sello de Gonzalo Millán desde "Relación personal" (1968), su primer libro. Sucesión de escenas como sucesión de encuadres, lo de este poeta visual es pintura hecha de escritura, plasticidad articulada por la palabra. A diferencia de la poesía visual desarrollada en Chile por autores como Juan Luis Martínez, Nicanor Parra o Rodrigo Lira, cercanas al accionismo, Millán ha preferido circunscribirse y profundizar en la imagen plástica. "Mi maestro en este campo fue Guillermo Deisler, quien a fines de los 60 fue el verdadero introductor de esta corriente experimental en Chile. Mi obra está ligada a Deisler y siguiendo los postulados de las diferentes tendencias de poesía visual que comenzó en los 70, la poesía visiva, el arte postal", explica. En este contexto se enmarca el trabajo realizado en la década de los 80 junto a los artistas visuales Eugenio Dittborn y Juan Castillo.

"Virus", publicado en 1987, significó para el poeta un acallamiento general, una suerte de crisis donde la palabra poética tensó el sinsentido de su propio ejercicio hasta extremos mortales: "Sonada vez menos las palabras que alen de mi boca embozada por el sigote que zurce mis labios con intentos de puntos entrecanos", escribió entonces, anunciando con esta escritura de la desescritura un silencio que duraría trece años. El agotamiento de la palabra hizo que Millán decidiera volver a empezar desde un lugar completamente distinto, aunque siempre cercano: las artes plásticas. Así, "Transparencias" es un poemario que se articula en torno a una selección de pinturas de Francisco de Zurbarán y El Caravaggio:



GASTÓN ACUNA

"En este libro, en vez de trabajar con imágenes ideáticas, lo hago directamente con imágenes de las artes plásticas. Las obras de arte funcionan a modo de pretexto para escribir", explica el poeta.

"Después de «Virus», producto de una crisis personal y de una crisis de contexto, me sucedió una suerte de mudéz. En este libro, en vez de trabajar con imágenes ideáticas, lo hago directamente con imágenes de las artes plásticas. Las obras de arte funcionan a modo de pretexto para escribir. No escribo 'sobre' las obras o 'sobre' los pintores que me gustan, sino a

partir de Imágenes que me provocan poesía. Me interesa trabajar con signos que no tengan relación con el logos".

La poesía de Millán no intenta ilustrar la palabra sino hacer un trabajo de traducción de un código a otro; de la misma manera y con la misma complejidad como un poeta traduce a otro poeta, de una lengua a otra:

"Dos lenguajes distintos, un espacial y otro temporal intercambian funciones. Mi trabajo intentó introducir el tiempo en las artes, espaciales y espacializar la temporalidad en la poesía. Uno es secuencia y lo otro es simultáneo. Trabajo con fragmentos de la imagen considerados como signos, tratando de aplicar formas de lectura verbal a la imagen. No se trata de ninguna manera de un comentario a la obra de arte o de una descripción de ésta".

"Santa Agueda" de Francisco de Zurbarán —una santa sin seno que ofrece a Dios, a la Iglesia o a los hombres los órganos sacrificiales en una bandeja con una sonrisa triste— es la imagen que abre esta serie de poemas: "Siendo una pintura menor de Zurbarán, me atrajo la historia, que es acerca de una santa que es martirizada de esta manera".

Luego siguen de El Caravaggio una serie de retratos de distintos personajes: "Caravaggio me interesa mucho porque fue un genio, fuera de ser técnicamente un gran pintor, introducir el claroscuro, es un personaje movido por sus demonios, al que no le basta su genio y termina por convertirse en asesino", afirma. El clásico retrato de Baco, realizado por el pintor barroco es una imagen de la que se sirve Millán para abarcar tópicos como lo dionisiaco y lo pánico. Luego, a partir de Santa Magdalena en éxtasis, se introduce en el problema de las analogías entre el erotismo y el misticismo. La serie de retratos sobre San Jerónimo —quien fue el primer traductor de la Biblia al latín— permite al poeta reflexionar sobre el oficio del escritor: "Es una imagen muy interesante. Se trata de un ermitaño, un asceta, que está dedicado a la pasión extrema de la escritura".